APENDICE.

Después de publicada la primera edición de este folleto en Marzo del presente año, han salido á luz una carta del Sr. Lic. D. Serapio Baqueiro, un párrafo de gacetilla en un periódico de esta ciudad, y un artículo, *La defensa del Carmen en 1867*, en que sus autores contradicen ciertos hechos y juicios asentados en los *Apuntes Biográficos:* no tenemos noticia de otra impugnación.

Como calzan la carta y el artículo firmas de personas muy conocidas y distinguidas sobre todo en la sociedad de Mérida, sería mostrarse descortés no apreciar sus objeciones y dilucidarlas, aunque sucintamente. Y á pesar de que el párrafo de gacetilla carece de firma y sólo se ocupa de generalidades y no de ningún hecho concreto, le dedicaremos también algunos renglones, siquiera para rechazar una frase destemplada que contiene.

Para que los lectores de este folleto puedan juzgar con pleno conocimiento de causa, van insertos íntegros los tres escritos, con las explicaciones y aclaraciones que juzgamos necesarias.

I

Carta del Sr. Lic. Baqueiro.

Esta carta, publicada en el número 3,037, de 2 de Abril, de *La Revista de Mérida*, dice así:

«Sr. Editor de La Revista de Mérida.—Mérida, Marzo 30 de 1896.—Apreciable señor de mi respeto.—Agradeceré

á Ud. infinitamente se sirva dar cabida en las columnas de su importante publicación, á las siguientes líneas que tienen por objeto la defensa de mi nombre en la narración de un hecho histórico, y el desvanecimiento del origen que le ha sido atribuido. No dudo que tendrá la bondad de obsequiar esta súplica, y con tal motivo le anticipo mi reconocimiento. Entro en materia.

«El Sr. Lic. D. Tomás Aznar Barbachano, en unos apuntes biográficos del finado Sr. Lic. D. Pablo García, después de referir la aprehensión y conducción de D. Pantaleón Barrera á Hopelchén, en Junio de 1859, quien sea dicho de paso, para mejor inteligencia, había verificado en aquellos lugares un movimiento revolucionario, dice lo siguiente: «Años después, al «triunfar el plan de Tuxtepec, y con motivo de estos sucesos, «los lerdistas caídos, sus enemigos, para cerrarle el paso al as«censo del Gobierno, entre otros cargos imaginarios hicieron «á Pablo García *el de que había expedido una orden termi«nante*, para asesinar á Barrera. El historiador Baqueiro, poco «imparcial, tal vez por falta de datos, cuando trata de hechos «en que intervinieron personas muy allegadas á él ó algún «gran amigo ó protector suyo, da acogida á ese rumor, relatán«dolo de manera graciosa, que falsea la historia, cosa desgra«ciadamente frecuente en Baqueiro cuando trata de sucesos en «que tomó parte García.»

«Ante todas cosas, Señor Editor, debo decir que no he tenido en el mundo otros protectores, que Dios, mis padres y mis propios esfuerzos; que el hecho á que el Sr. Aznar Barbachano se refiere, llegó á mi conocimiento en 1861, quince años antes de la revolución de Tuxtepec, y lo consigné en el último tomo de mi Ensayo histórico, en 1888, es decir, once años después del triunfo de dicha revolución, de manera que ni se ha formulado entonces como un cargo de responsabilidad contra el Sr. Lic. García, al menos, que yo sepa, ni menos me lo ha dicho un lerdista caído, que se proponía cerrarle el paso al ascenso del Gobierno de Campeche.

«Debo igualmente decir, que en Octubre de 1885, con motivo de una acusación, y siendo yo Diputado al Congreso

del Estado, fuí el único, como antes también lo había hecho en igual caso, quien se opuso á que fuesen declarados con lugar á formación de causa los Magistrados del Tribunal Superior de Justicia, entre ellos el finado Sr. Lic. García, por quien únicamente se daba aquel paso, y por cuyo motivo tuve que sufrir los resultados consiguientes; y todo esto lo hice, después de un impreso suelto publicado por el mismo Sr. Lic. en 1882, en que me trataba de una manera que no merecía.

«Prueba esto, Sr. Editor, aparte de otros hechos que podía yo referir en mi abono, que no soy el hombre mezquino y débil, como el Sr. Aznar Barbachano me supone; que sé sobreponerme á las pasiones, para dar lugar á la justicia, y que hasta ahora no me remuerde la conciencia por haberla alguna vez vendido, ni de haber dicho algo que no siento, en recompensa indigna de una protección, que gracias á la Divina Providencia, nunca he procurado, con mengua del honor y de la propia dignidad. Calientes todavía los depojos mortales del Sr. Lic. García, que tienen todo mi respeto, grave mortificación he sentido al escribir estas líneas; ¿pero qué he de hacer, si á ello me han obligado juicios desfavorables acerca de mi persona, que no merezco?

«Con esto, Sr. Editor, doy fin á la presente, volviéndole á tributar mis reconocimientos, y despidiéndome de Ud. atto. S. S. y amigo Q. S. M. B.—*Serapio Baqueiro.*»

Sentimos en el alma la desazón causada al Sr. Baqueiro por los renglones que cita; pero la culpa es suya, porque ha restringido demasiado el sentido de la palabra *protector*, usada por nosotros en términos generales y sin la intención de ofenderle, y porque arrebatado por sus primeras impresiones nos atribuye lo que no hemos dicho: aclararemos todo esto en su respectivo lugar cronológico.

En cuanto á la poca exactitud histórica de sus narraciones y lo apasionado de sus juicios tocante á los sucesos ocurridos en el Estado de Campeche, nos limitaremos á cuatro hechos capitales por vía de muestra.

1.—*Los acontecimientos del 6 al 7 de Agosto de 1857.*—El relato del Sr. Baqueiro, página 54, tomo III de su obra *Ensayo Histórico sobre las Revoluciones de Yucatán*, dice textualmente:

«Es un hecho, según testigos presenciales y los documentos, que en la noche del seis (de Agosto) D. Pablo García, D. Pedro Baranda y D. Ireneo Lavalle, poniéndose al frente de numerosos paisanos que para el efecto reunieron en el barrio de S. Román, mientras se verificaba una concurrida función de teatro, en donde se hallaban las autoridades principales, invadieron casi desarmados las calles que se dirigen á la puerta del muelle, Maestranza y cuartel de artillería, y que Baranda, encontrando en uno de aquellos lugares las llaves de la puerta del baluarte de Santiago, se apoderó de él y de las piezas de artillería, y que luego atrincherando la Maestranza, dió á los sucesos alguna importancia contra las tropas del Gobierno, que refugiadas en el cuartel de artillería habían hecho lo mismo.»

Ignoramos qué testigos presenciales refirieron al Sr. Baqueiro lo que dice (que no consta en ningún documento); pero desde luego se nota que ó no eran tales y hablaron de oidas, ó que guiados por la pasión política desnaturalizaron los hechos con el objeto de desprestigiar á García y encumbrar á Baranda. Cada renglón de ese relato es una inexactitud.

He aquí la verdad de los sucesos. El 6 de Agosto, jueves, hubo función de teatro en la noche á la hora de costumbre. La concurrencia fué numerosa, contándose entre ella á las autoridades y á los conjurados. Terminó la función, sin novedad en el teatro ni en la ciudad entera, entre once y doce de la noche. Cuando yá retirados á sus hogares, estaban entregados todos tranquilamente al sueño, D. Leandro Domínguez, al frente de un puñado de patriotas, gentes del pueblo, ocultos en el Toril, corral situado en la Parada, y casas próximas, entre una y dos ante meridiem del día 7, asaltó la Maestranza y se apoderó de ella. El ataque fué brusco, repentino, empezando por un trabucazo disparado por Domínguez, y aunque la pequeña guardia se defendió, tuvo que rendirse en el acto, no sin salir herido en un brazo su comandante, el oficial de artillería D. Matías Vera, que en la acción de Chiná había perdido el otro brazo.

La Maestranza (aún existe el edificio) ocupa un paraleló-

gramo irregular intramuros de la ciudad, pegado á la muralla, cerrando un callejón del recinto ó ronda, pero formando calle en su frente. Se comunica por un pequeño patio con la rampa que da acceso al baluarte de Santiago, y tiene anexo el Parque de artillería, cuya entrada principal mira al Sur, frente por frente de la iglesia de S. Juan de Diós situada á cuatro cuadras y media en la prolongación de la calle antigua de la Artillería, hoy de Toro: el antiguo cuartel de Artillería se hallaba en la casa de dos pisos, en esquina, á dos cuadras de la Maestranza y con la entrada principal sobre la misma calle de Toro. Formando un ángulo recto con esta calle, está la llamada hoy de la Muralla; empieza frente á la Maestranza y siguiendo por el escampado de la Parada, por el mercado, por el costado Norte de la Plaza principal, por la calle del Muelle, y continuando por el recinto, llega á la esquina que queda á pocos pasos de la espalda y entrada del baluarte de S. Carlos: en esta calle, casi en el extremo, en una casa de dos pisos y á seis cuadras de la Maestranza, estaba el cuartel del batallón Activo. En la calle del Muelle y contigua á la Aduana se halla la entrada al baluarte de Soledad, situado entre Santiago y S. Carlos, mirando los tres al mar y comunicados por el cajón de los dos lienzos de la muralla que los une. En fin, frente al costado del ángulo que á sus espaldas forma el Hospital, edificio unido á la iglesia de S. Juan de Diós y que con ésta ocupa una manzana entera, hay un solar, en el dintel de cuya puerta existe todavía una pequeña lápida con esta inscripción: *A la memoria del 6 de Agosto de 1857. Club popular de Campeche.* En este solar se reunieron esa noche los conjurados del Centro y del barrio de Santa Ana, formando un grupo de cien á doscientos hombres, el más numeroso de todos, encabezado por Echavarría, Trejo, Vera, Sobrino, Damián Pool, Ignacio Morales y otros más.

Las fuerzas de la plaza se componían de la Artillería permanente, al mando del Coronel Alejandro García, que tenía destacamentos en Mérida, Carmen, &c.; del batallón Activo, al mando del Teniente Coronel José María Heredia y Peón, reducido á menos de una compañía, y del batallón 15 de Guardia nacional (antiguo 16), al mando del Coronel Manuel Oliver, el jefe de la célebre acción de Chiná, que tenía en servicio activo una compañía para guardia de cárcel, escolta, &c. El Comandante de armas era el General Eugenio Ulloa.

Tomada la Maestranza hubo una hora crítica. La corta fuerza del Activo marchó desde su cuartel á incorporarse á la Artillería, tomando la antigua calle de la cárcel (hoy de la Paz), dando vuelta á la izquierda por la de Moctezuma, que termina en la calle *Honda* y esquina de la *Viga* ó de los *Trocitos*, que cierra la calle de Toro. Llegada á este punto, al volver á la izquierda para el cuartel de Artillería, dando vivas al Gobierno, se abrió en alas, y los artilleros la creyeron pronunciados. En el acto el Coronel García mandó voltear rápidamente la pieza de artillería, que ocupaba el medio de la calle en dirección á la Maestranza, y él mismo arrebató la mecha al cabo de cañón y dió fuego, al propio tiempo que disparaban tiros de carabina desde los balcones. Por fortuna el metrallazo, por la mayor elevación de la calle en el punto en que se hallaba la pieza, pasó por alto y sólo hirió mortalmente al cabo José del C. Cáceres; el oficial Felipe López (el que siendo yá Coronel se hizo célebre defendiendo el Imperio) recibió un golpe contuso de bala de carabina en el pecho. El Activo retrocedió por donde venía, se dirigió á la plaza de armas, allí tropezó con *Chavino* (hijo) y con D. Miguel Domínguez, pertenecientes á los conjurados, quiso prenderlos, y al huir Domínguez fué herido en una pierna en la calle del comercio entre las esquinas de la plaza de armas y calle del Muelle. Más tarde, aclarada la equivocación sufrida, volvió el Activo á incorporarse á la Artillería y desde allí fué destinado un piquete de su fuerza, al mando del oficial Mateo Rosado, á ocupar las alturas de la Parroquia. La escasa fuerza del 15 también se incorporó á la Artillería. Hubo un momento en que el General Ulloa decidió atacar la Maestranza por los baluartes de S. José, unido por una cortina con el de Santiago, y de S. Carlos, unido del mismo modo al de Soledad; pero se le hizo desistir con diversas reflexiones.

Reinó en seguida un profundo silencio en toda la ciudad:

la oscuridad era completa, faltábanle á la luna dos ó tres días para la conjunción.

Mientras tanto iban acudiendo los conspiradores á la Maestranza en pequeños grupos por calles extraviadas; pero se encontraron con que no podían armarse y municionarse por estar cerradas las puertas de los almacenes, ni ocupar el baluarte de Santiago por el mismo motivo. Al fin se consiguió que entregase, no sin resistencia de su parte por algún tiempo, el mazo de llaves de todas esas puertas el que las tenía. A la madrugada los jefes de la conjuración, que habían permanecido en la botica de D. Andrés Ibarra, como centro de la ciudad y de las operaciones, dirigiendo todos los movimientos ejecutados, se presentaron en la Maestranza.

Al amanecer, los pronunciados en gran número, muchos de ellos antiguos oficiales, como José María Echavarría, José Concepción Vera, Norberto Trejo, Simón Cervera, Perfecto Castro, el viejo *Chavino*, y otros, y antiguos soldados, de infantería y artillería (matriculados), del Centro, de Santa Ana, de Guadalupe y San Román, todos pertenecientes á la guardia nacional, se habían armado, preparado los cañones, y ocupado los baluartes de Santiago y Soledad, además de la Maestranza y Parque de Artillería, movidos por su propia iniciativa, como hombres prácticos, conocedores del terreno y de las armas, y animados del espíritu ardiente de defenderse y triunfar á todo trance. Aún no había organización propiamente militar, pero todos en sus puestos concurrían á la acción común y á dar unidad á aquel desconcierto aparente.

Cuando se presentaron los pacificadores (Regil, García Poblaciones y Aznar) como á las seis de la mañana al cuartel de Artillería, donde estaba el Sr. Ulloa, había en medio de la calle, frente al zaguán, una pieza de artillería de bronce de á ocho, cargada con metralla, con su dotación de artilleros, con su estopín, encendida la mecha y lista para dar fuego, abocada en dirección de la Maestranza; y cuando después de conferenciar con el Sr. Ulloa se dirigieron á la Maestranza, encontraron cerca de la puerta de ésta otra pieza igual y en la misma disposición, abocada hacia la Artillería. Ninguna de las dos

tenía trinchera, estando á pecho descubierto los que las servían.

Durante las conferencias, después de varias idas y venidas de los comisionados del cuartel de Artillería á la Maestranza y viceversa, hubo otro momento de crisis. El piquete del Activo situado en las alturas de la Parroquia, hostilizaba con disparos de fusilería á los que atravesaban el lienzo de muralla que une á Santiago con Soledad, conduciendo parque. Echavarría, Vera y Domingo Victoria, que estaban en este baluarte, como á las diez de la mañana abocaron una pieza de veinticuatro con puntería á las torres é hicieron fuego por alto con bala rasa; pero faltó el tiro, porque siendo el cañon de fondo cónico los artilleros inprovisados no rompieron el cartucho al cargarlo. Abocaron en seguida otra de menor calibre, con puntería más alta, que no falló; pero afortunadamente la bala, sin tocar el templo, se fué á perder en los confines del barrio de Santa Ana. Este estampido, ese silvido ronco, como golpe eléctrico, sacudió toda la ciudad, todos creyeron que era el principio de las hostilidades. Los pacificadores se encontraban en ese momento conferenciando con el Sr. Ulloa, tenían muy adelantada su tarea de paz, y á instancias suyas se dió orden inmediatamente al piquete del Activo de que no volviese á hacer fuego, y todo se tranquilizó.

Hemos entrado en tantos pormenores para demostrar las inexactitudes de la narración fantástica del Sr. Baqueiro. Se ve que no acaeció durante la función de teatro el movimiento, ni hubo la reunión del barrio de S. Román, ni la invasión desordenada y loca que pinta; ni el hallazgo de llaves, que no estaban perdidas, por Baranda; ni es exacto que éste se apoderase del baluarte de Santiago, ni que atrincherase la Maestranza, ni que diese á los sucesos alguna importancia.

La ocupación del baluarte de Santiago, punto dominante y decisivo, contiguo á la Maestranza, era natural y consiguiente, porque de ese lado, por el baluarte de S. José y la muralla, podía venir un ataque de los del cuartel de Artillería; así como la ocupación del baluarte de Soledad, era necesaria, como depósito del parque de la plaza y como punto avanzado para de-

fenderse de un ataque posible del Activo por el baluarte de S. Carlos, á cuya espalda tenía su cuartel. Estas operaciones fueron fáciles de concebir y ejecutar (y fueron las mismas que pensó el General Ulloa) por los que estaban familiarizados, según dijimos antes, con el conocimiento de los lugares, y con el manejo de la artillería, como los matriculados, y del arma de la infantería, como los guardias nacionales que habían tenido por escuela la guerra de indios. Y no fué Baranda ni los hechos exclusivos y personales, que le atribuye el Sr. Baqueiro, lo que dió *alguna importancia* á los sucesos. Estos por sí mismos revestían no *alguna* sino SUMA, GRAVISIMA *importancia;* porque eran el estallido, la explosión, de la opinión casi unánime de Campeche, engendrada en las elecciones del último día de Mayo y fortalecida y caldeada con el manifiesto de 15 de Julio de su diputado Pablo García; y porque su trascendencia sacudió hondamente toda la Península.

Hemos dicho en los Apuntes Biográficos que ninguno de los jefes del movimiento del 7 de Agosto era militar de profesión, y en esto estriva su mayor gloria. García, Lavalle, Domínguez, Ibarra y los demás que se hallaron en Campeche durante los famosos sitios de 1840 (Llergo contra Rivas Zayas) y de 1842–43 (las fuerzas mexicanas de Peña y Barragán contra las yucatecas) estaban acostumbrados á presenciar el movimiento, el estruendo y los estragos de la guerra, estaban *fogueados;* y no pocos de los soldados y oficiales que tomaron parte en el pronunciamiento, habían figurado como sitiadores ó defensores de la plaza en el primer sitio de tres meses, y como defensores de ella en el segundo de seis meses. El silvido de las balas de fusil y el ruido bronco y estridente de los proyectiles de artillería no eran nuevos para ellos, ni tampoco sus mortíferos efectos. En 1840 presenciaron, entre otras desgracias, la muerte de tres franceses de la marina de guerra de su país, acaecida en la puerta del zaguán de la casa de su Cónsul, por el rebote de una sola bala de cañón, disparada desde el barrio de Guadalupe por la famosa culebrina de bronce *El Canario;* y en el segundo sitio, la lluvia frecuente en varios días y horas, especialmente de noche, de Noviembre de 42 á Mayo

de 43, de balas rasas de á 24, palanquetas, cohetes á la congreve, granadas comunes y reales (casi bombas), que no dejaron de causar muertos y heridos entre los pacíficos habitantes de intramuros. García se batió en 1843 y Domínguez en Veracruz contra los americanos en 1847.

Baranda no estaba en Campeche cuando esos sitios. Vivía entonces en Valladolid, donde recibió su primera educación, que perfeccionó en Mérida, y por último, completó en la isla de Cuba, en el famoso colegio de Carraguao, adquiriendo una esmerada instrucción para la carrera mercantil. Vino á radicarse á Campeche en 1846 ó 47, después del fallecimiento de su padre en Mérida. En Agosto de 1857 no era militar, ni tenía conocimientos militares, ni estaba familiarizado con la guerra. Había sido capitán pagador de la División de Artillería residente en Campeche, nombrado hallándose en México, cuando se reorganizó el Ejército en la época del Presidente Arista, y dejó de serlo años después. Este empleo, de simple administración, como que para obtenerlo se necesitaba sustentar un examen de contabilidad militar y teneduría de libros, á que él se sometió, no le obligaba á instruirse en la profesión de las armas, lo mismo que hoy acontece, por ejemplo, con los Asesores de Zona, que aunque tienen un título militar y hasta usan cierto uniforme exclusivo á ellos, esto es eventual é inherente al empleo y desaparece al cesar en éste.

Esa falta de conocimientos militares y de experiencia en el arte y dirección de la guerra, de los jefes del movimiento de 1857, explica la sorpresa y derrota de la corta fuerza situada aisladamente en la hacienda Yaxcab al mando del valiente Teniente Coronel Julián Ortiz; la del punto de Orotava ó quinta de Caraveo, á la entrada de Campeche, también aislado y sin ningún apoyo, y el descalabro de Ucú. Pero los pronunciados de Campeche, si no contaban con organización y conocimientos militares, contaban con una fuerza de voluntad inquebrantable; con la opinión pública, invulnerable á las balas; y por el camino de las derrotas, como sucede siempre en las causas populares, llegaron á obtener un triunfo completo.